

## Los Libros

UN ESCRITOR DE 1900, O UNA GENERACIÓN ARGENTINA  
RESPONSABLE

Eduardo Mallea es hijo del médico y escritor sanjuanino don Narciso Mallea, cuyos sabrosos cuentos difundieronse hace ya algunos años bajo el pseudónimo de *Segundo Huarpe* y a los cuales puso un interesante prólogo Juan Pablo Echagüe. La historia de su familia la escribió Sarmiento en las nobles páginas de *Recuerdos de Provincia*. Allí están los bajorrelieves de las reacias figuras de los Mallea, descendientes de conquistadores, y queda señalado, también, el parentesco del genial cuyano con el progenitor de nuestro difundido ensayista.

Se ha afirmado que Eduardo Mallea es porteño. Pero nació en la ciudad de Bahía Blanca el año 1903. «Yo casi no tuve infancia metropolitana. Vi la primera luz de mi tierra en una bahía argentina del Atlántico,—como lo ha dicho él mismo.—A los pocos días me estaría meciendo, como un jugueteo torvo de quien sabe qué paternidad tutelar, el sordo y constante ruido de las dunas—cada segundo desplazadas—, el clima versátil del país, el viento animal».

El primer libro suyo, *Cuentos para una inglesa desesperada*, apareció el año 1926. La obra trajo crédito y respeto inmediato al joven autor. Un pulso fuerte, recogido, una potencia nueva, una posesión tranquila del idioma, trabajado con voluntad reflexiva, se revelaron en la rareza exquisita de esos relatos. Su lirismo irrumpía en la prosa. cálida e intensamente como un

suceso estilístico desacostumbrado en la nueva narrativa del país. Prosa sujeta a mando, exigencia y castigo, donde todas las vicisitudes de la creación y la expresividad, se percibían nítidamente a través de su estructura poemática. ¿De dónde le venía al autor tan afortunada madurez? ¿Cómo era posible arte tan logrado, no común en hombres de 23 años? Algunos se dieron a maliciar influencias, a señalar vagos modelos del otro lado del mar. La crítica «de oído» no se ponía de acuerdo; sin negar condiciones esenciales, por demás presentes, consentía al arte de Mallca, una ancha pasión de belleza y un moderno instrumental expresivo. pero era reticente en el elogio, lerda y demasiado expectante. Y hasta tuvo sus indiferentes, sus sordos y sus negadores. Sólo los jóvenes, disconformes con la narrativa en uso, lo acogieron ampliamente. Pero también llegó el elogio entero, especialmente de afuera. Lo dispensaron críticos y autoridad indiscutida, europeos y americanos, que al reconocer personalidad segura al cuentista, al estilista, gustaban señalar la calidad de una prosa llena de registros expresivos, de aceto original, donde se aprecia una vocación pura de escritor, inalienable, voluntariosa en un sentido americano, o mejor, argentino, nuevo. Waldo Frank, Pablo Neruda, Gabriela Mistral, Jules Supervielle, Mario Puccini, Guillermo de Torre, dieron su testimonio.

Después de su primera obra guarda un silencio de nueve años. Silencio henchido de resonancias del mundo, lleno de materiales, en el que cumple un trabajo sin impacencias, con fervor y continuidad. Sólo colabora en algunas publicaciones literarias restringidas como *Revista de Occidente*, *L'Italia Letteraria*, *Neu Züricher Zeitung*, *Martín Fierro* y *Sur*. En 1935 es invitado por el Instituto Interuniversitario Italiano para dar conferencias en Roma y Milán. Allí lo presentan al filósofo Giovanni Gentile y Cesare Zavattini. Su prestigio crece. Comienzan a traducirse sus trabajos. Su colaboración es solicitada por las principales revistas del continente y diarios de la

República. Ya en el país, publica *Conocimiento y expresión de la Argentina*. Sobre este vasto tema han versado sus conferencias en la península. Allí aflora la preocupación más seria y angustiada del escritor por los conflictos que la realidad argentina han planteado a su ánimo. Es el inventario previo que hace Mallea, tocado ya en lo más vivo «de su sentido de la argentinidad», a esa obra magnífica que vendrá más tarde—el año 1937—, y que la incursiona a todo lo ancho de una pasión visible, exaltada y severa. El mismo año 1935 da a la estampa *Nocturno Europeo*, obra con la que obtiene el primer premio de prosa en el Concurso Literario Municipal de la ciudad de Buenos Aires.

*Nocturno Europeo*, es la novela o crecida confesión de un hijo del siglo. «Es la historia—tan oscura, tan desordenada—de la hora de un hombre en esta hora del mundo». Se organiza allí una nueva realidad en el arte de novelar. Adictos aún algunos novelistas y cuentistas nuestros a los modos pretéritos en el género, debía sorprender y hasta concitar resistencias la emancipación de Mallea. La arquitectura sinfónica de su prosa, donde ni siquiera un gesto descompone la armonía y equilibrio de sus líneas, está felizmente limpia de serviciales psicologismos y postulados extraliterarios, vagamente socializantes. La función de expresar, destino primero y meta última de la palabra, alcanza una plenitud cumplida con idéntico recato como dignidad. Lejos del autor todo virtuosismo obstinado de frases brillantes o majestuosamente vacías. Al contrario: todo el conglomerado allí descrito, inventariado minuciosamente, está sometido a la jerarquía de una severa conciencia estética y es animado por un soplo cálido de plasticidad, nerviosa y multánime. Su misma ética de la palabra vive de un largo y actual alcance humano, proporcionado al de la conducta, y en el advenimiento de las más «turbias horas» del hombre pone su fe del lado de la «salvación del hombre por el espíritu». En la despedida del novelista, al final del *Nocturno* se lee: «Lo que vale

en nosotros no es más que esto: las contestaciones; contestación al infinito, a los hombres, a las cosas, la vida. ¡Cómo está de muerto el que no responde sin detenerse! ¡Qué es el amor sino, ante otro ser, una respuesta que se anticipa? ¡Gritemos lo que somos, declaremos nuestro contrabando delictuoso, nuestra carga clandestina de incertidumbre e inhibición y falta de simplicidad!

Bajo un signo seguro de belleza y de verdad esencial —como confinada bajo la superficie aparente, visible de las cosas y el hombre—, pero como quien obedece y cumple una vocación verdadera, Eduardo Mallea fué aumentando su bagaje literario. Aquel silencio de nueve años había sido, pues, un recatado silencio de gestación y ensimismamiento fértil para nuestro escritor. Y así aparecen *La ciudad junto al río inmóvil* en 1936, *Historia de una pasión argentina* en 1937 y *Fiesta en noviembre* el año 1938 (1).

El libro *La ciudad junto al río inmóvil* está compuesto por una serie de relatos, destinados todos o ofrecernos el espectro de una cosmópolis que no consiente «destinos blandos», exigente, dura, estrepitosa y taciturna, a donde confluyen todas las vertientes del mundo con su limo secreto, vetado de afanes, desengaños, angustias, esperanzas, tristezas, ambiciones irremediables y expectativas vacantes. El episodio anecdótico, los carriles de la trama, son desdeñados por el novelista. No se cree obligados a ellos. Los suple, en cambio, el clima y la atmósfera en que mueve a sus criaturas, los problemas psicológicos que a cada una le asigna. Vidas cotidianas, con su tormento de soledad, desraizadas, plegadas a un ritmo obscuro de trabajo, de ansias vehementes de razas promiscuas, llegadas a la *gran cosmópolis* con su trasplantada vitalidad, con sus falencias y también con su embrión de futuro. . . .

---

(1) La Comisión Nacional de Cultura adjudicó a la obra de Eduardo Mallea, por los años 1936, 37 y 38, el Segundo Premio Nacional.

*Historia de una pasión argentina* es la confesión novelada de un hombre despierto sobre la realidad argentina más viva e invisible. Angustia, desaliento, necesidad, desmesurada pasión que se articula en voz no igualada por hombre alguno de su generación. Es el libro a cuyo abierto convite debiéramos acudir muchos argentinos. Amigo del diálogo, no del soliloquio narcisista, enfático de soledad; amigo de mover a un «estado de conciencia», fecundo; a un «estado de inteligencia», no de grito. «Mientras vivamos durmiendo en ciertos vagos bienestares, estaremos olvidando un destino,— dice Mallea.— Estamos abocados a males tantos, en esta tierra de tanto sol, y tanta tierra y tanto cielo, que yo no veo remedio, para salirles al paso, más que el fruto que dé una categórica, radical, rotunda movilización de las conciencias. Los hijos de los argentinos, ¿a qué se parecen? He aquí una cuestión que hay que sentir preocupadamente. Yo sé a lo que se parecerán en su forma vital, pero no sé a lo que se parecerán en su forma moral. Yo sé que serán ricos, yo sé que serán físicamente fuertes: técnicamente hábiles: lo que no sé si serán argentinos. Y no sé si serán argentinos porque sé que sus padres han perdido ya hoy el sentido de la argentinidad». Mallea quiere movilizar hacia un estado de responsabilidad a todos sus compatriotas. Y su palabra es austera, ardiente, fértil en el cuerpo a cuerpo con la realidad argentina temporal, como historia y como nacionalidad. No predomina en su palabra una misión de belleza, sino una misión de verdad. Lejos de lo que quiere Ortega y Gasset para la palabra del hombre («su misión más alta es crear una soledad henchida de visiones»), Mallea le impone la voluntad de servir, de crear comunicaciones de hombre a hombre, de exaltar sus fuerzas morales, dormidas o demoradas, pero cuya existencia es verdadera y profunda. En este libro magnífico, donde los argentinos todos somos convidados a participar de un *vivir severo*, para sobrevivir en un sentido de dignidad soberana, la palabra adquiere la función social máxima a que puede aspirar un escri-

tor. Pocos libros nuestros de los últimos años, tendrán vigencia mayor y voluntad austera de servir a la argentinidad, como *Historia de una pasión argentina*. Ninguno allega, como él, testimonio más lacerante de una generación.

*Fiesta en noviembre*, es su obra más reciente. Novela donde encuentran destino y se confinan almas ciegas, indiferentes y adineradas, que sólo patrullan apetitos materiales, vacías, y tanto, que ni siquiera un acto de injusticia las conmueve en un gesto lento, remoto, de humanidad ofendida. Son como títeres deshumanizados que bailan y se divierten frente a un horizonte dramático de desquicio, de destrucción, de locura, precipitadas e insensatas. El narrador trabaja allí páginas fluidas, nerviosas, donde la acción juega vicisitudes como hechos vivos del espíritu. Libro sugerente, donde todo acontecer tiene sentido profundo, no aparente, desde el esplendor bullicioso de una fiesta frívola hasta el silencio desolado de «aquel cielo que contaba miles y miles de años, del que no baja ninguna confortación para los hombres que fusilan a un inocente sin saber por qué».

En la obra de este argentino prepondera una superior vocación de servir, una emocionante pasión de presencia en cuanto tiene la «Argentina visible», por él denunciada, de emancipación segura por el camino del sacrificio y la fe. El estilo de vida que Mallea señala a sus compatriotas, apartado de las meras actitudes, de las comodidades y satisfacciones burguesas capaces de los contrabandos más peligrosos contra el pensamiento y el espíritu y la libertad humana, configura, a nuestro entender, la conducta más urgente y con ella el primer acto de reconquista posible de la nacionalidad más auténtica. No hombres que deserten de su conciencia de argentinos, se llamen gobernantes o artistas, técnicos o terratenientes, escritores o maestros, militares o sacerdotes, reclama el joven pensador; sino hombres capaces de vivir sin énfasis, sin miedo, con coraje moral suficiente, cotidiano, humanamente «solidarios hasta el

más inesperado y repentino sacrificio» contra el soborno, la discordia, la ignominia, la injusticia conocidas, lo mismo de ése que «al levantarse calcula el alba según términos de comercio», o de ese otro indiferente «que vegeta, especula y procrea» como un bípedo aventajado, o de aquel que «se hace la América» hasta de noche, o de esos «padres de la patria» tan oportunos que conjugan el verbo «vivir», contra la República, siempre en primera persona. . . . En suma, quiere Mallea exaltar en los argentinos de hoy, el sentimiento de la dignidad humana, disminuída, lastimada, purificándola en el saludable ejercicio de la conducta moral, y acrecer, con responsabilidad de la inteligencia y el espíritu, esa fortuna de libertad de la persona, tan universalmente amenazada.—SIXTO C. MARTELLI.



ESTUDIOS LITERARIOS, por *José María Monner Sans*.—Buenos Aires, 1938

En los Cursos de Verano de la Universidad de Chile, que funcionaron en Santiago en enero último, conocimos al catedrático argentino de las Universidades de Buenos Aires y de La Plata, don José María Monner Sans. Sabíamos de su cultura y preparación a través de más de alguno de sus ensayos y de referencia por su último libro «Panorama del nuevo teatro», elogiosamente comentado en América y Europa. Su frecuentación personal nos confirmó la calidad superior de su espíritu ávido de información literaria, subrayado por una expresión medida, clara y elegante. A su bondad, debemos la lectura de sus «Estudios literarios».

En el primero de ellos— «La enseñanza del idioma»—, Monner Sans, enfoca el problema del estudio del Castellano en los colegios de educación secundaria de su patria. Lo encara desde un punto de vista moderno que nosotros ya conocíamos a